

## La ciencia en *20.000 leguas de viaje submarino* de Julio Verne

### Andrés Dragowski

¿Por qué un clásico es un clásico? Con Julio Verne todos recordamos icónicas escenas, pero en verdad, cuesta responder porque es una pregunta que toca sentidos comunes. Podemos hablar desde el punto de vista de la historia y el contexto de la revolución industrial. Pero es limitado: el “contexto” mal explicado se agota en fechas y nombres relegados en la introducción. Podemos hablar de sus obras, su pedagogía, su juvenilismo. Es obligatorio mencionar la ciencia ficción y la anticipación de inventos: el submarino, el teléfono, el viaje a la luna, etc. Verne reúne todos esos aspectos, volviéndolos parte intrínseca de sí. Algo posee que hace que siempre sea actual de algún modo. Es claro que es un estándar, y que continúa hablándonos.

La “época” como concepto explicativo se agota porque no solemos tener en cuenta que es algo que conforma la atmósfera de vida de las personas. Ahí está todo: ideas, sospechas, prejuicios, conocimientos, tabúes, opiniones. Verne logra codificar su época. Observamos, como un manifiesto, las ideas principales del mentado positivismo, palabra también agotada en lugares comunes. Se ha entendido que se refiere a los grandes hombres de ciencia embarcados en grandes proyectos bajo un serio cientificismo. Más fructífero fue hablar de paradigma, lo que permitió situarlo y relativizarlo. El positivismo fue un paradigma académico, pero fue mucho más.

Siempre se está discutiendo positivismo. Provoca asombro su convicción de que la ciencia todo lo puede: conocer, clasificar, descubrir, delimitar, sustentar, confeccionar, utilizar, aplicar. Para los positivistas lo intangible no existía, y lo desconocido lo era de momento. El método experimental lo abarcaba todo. De ahí la proliferación de ciencias que vivió fin de siglo XIX: físicas, militares, morales, sociales, naturales, espirituales. Científicos podían ser los estudios acerca del diluvio universal, el contacto con el más allá, entre otros. Éxitos científicos fueron el canal de Panamá, la Torre Eiffel, el ferrocarril transiberiano. Científica fue la Campaña del Desierto en Argentina: mapas topográficos, rifles modernos y su botín: momias y cráneos de pueblos originarios. Eric Hobsbawm define el periodo 1875-1914 como “la era del imperio”. Más valdría llamarla “la era de la ciencia”. En Verne es claro que eran sinónimos.

### Una compleja caracterización literaria

La ciencia ficción ha sido entendida como el género literario de las fantasías tecnológicas, viajes espaciales, extraterrestres. Al sumergimos en *20.000 leguas...* vemos algo diferente. Allí encontramos personajes que se dan a corteses conversaciones en múltiples áreas: economía, geografía, biología, diplomacia, geología, antropología, ingeniería. Por momentos necesitamos un mapa para verificar una isla del océano Pacífico. Cuando arribamos a la descripción del Nautilus entramos al mundo de la metalurgia del Atlántico norte. En verdad, despejados los lugares comunes acerca de Verne e internalizados en su obra, la pregunta surge por sí sola: ¿Dónde está la ciencia ficción?

Al mismo tiempo nos preguntamos qué tiene de extraordinario ir en barco por el océano Pacífico... Algo ha pasado que tales historias no son asombrosas. Verne hoy genera extrañeza. Los Viajes Extraordinarios eran exactamente eso: historias de viajes peculiares. Ciertamente hay submarinos, globos aerostáticos, ciudades de metal, pero el eje de las historias son los viajes. El público europeo de 1860-70 estaba fascinado por el resto del mundo, pensándolo exótico y misterioso. Los periódicos metropolitanos informaban acerca de tratados de paz y batallas lejanas. Las Ferias Universales acercaban noticias, inventos y muestras. El resto del mundo estaba ahí, solo hay que acercarse y uno de los medios, sin duda económico y popular, era la literatura, y no cualquiera, sino la literatura de viajes. Esta fue uno de los géneros por antonomasia de la época. En tierras argentinas el canon tiene por fundacionales algunos exponentes. El *Facundo* de Sarmiento era un viaje por la “exótica” pampa. De los informes del Perito Moreno por la Patagonia se ha señalado que los contemporáneos lo entendieron como una mala emulación de Livingstone. Verne, por su parte, participa de ese sentido común, dando un giro creativo. Mientras que todos hablan de lugares realmente existentes y realmente accesibles, él hace viajar a sus personajes por lugares verídicos, pero que entonces eran inaccesibles, ya sea la luna o el fondo del mar. Aun hoy el fondo del mar es menos conocido que el espacio exterior. Verne simplemente llenaba los espacios vacíos del mapa con lo que deseaba.

Lo conservador de su ciencia ficción lo comprobamos pasando revista al inventario de artefactos en la oficina del capitán Nemo. Ahí hay barómetros, termómetros, higrómetros, sextantes, cronómetros, sondas termométricas, manómetros. Todos eran perfectamente conocibles por medio del autodidactismo, la educación técnica, y sin duda, a través de Verne. Similar sucede con su gabinete natural: allí encontramos esponjas de mar, pólipos, conchas bivalvas, gorgonias, anemonas, langostas, berberechos, numerosas especies de algas y peces. Todo eso podía verse en manuales de difusión y museos naturales. Es tan minuciosa la descripción del Nautilus y los cálculos de sus dimensiones, masa, volumen y resistencias que bien podríamos construirnos uno propio. Entonces ¿dónde está la ciencia ficción? Verne era un creador pero no en el sentido que los lugares comunes nos sugieren. Él mismo contaba que tomaba lo que ya había, lo combinaba y producía algo nuevo. Cuando le preguntaron su opinión del otro gran autor de CF, H. G. Wells, dijo “Yo aplico la ciencia, Wells la inventa”.

### **Mejorar la humanidad a través de la ciencia ficción**

Leer a Verne es conversar con una persona muy educada. Puede parecernos que peca de un enciclopedismo pedante, pero esa pulcra exposición era el estándar de excelencia del siglo XIX. Sus listas de nombres y cálculos son como las vitrinas de un museo o un atlas: es la promesa de la ciencia hecha realidad. *20.000 leguas...* es un libro abultado tanto como el asombro del que participa y busca generar. En rigor, es transparente y hasta gentil. Las conversaciones son típicamente socráticas: uno explica y el otro asiente. En ellas podemos observar los saberes bien expuestos, de un modo lineal y distinguibles entre sí. Cuando los personajes discuten taxonomía, visualizamos el esquema filogénico detallado. Similar con las descripciones técnicas. Su vocación pedagógica es más evidente que nunca allí, hasta el punto de parecer que el libro es una excusa para hablar de esos temas.

¿Qué pensaba un lector del coral del océano Pacífico y por qué? Verne les contaba que “el coral es una colonia de pequeñísimos animales unidos entre sí por un pólipo calcáreo y ramificado de naturaleza quebradiza. Estos pólipos tienen un generador único que los produce por brotes. Su vida comunal no les dispensa de tener una existencia propia. Es, pues, una especie de socialismo natural”, y más adelante dice que “el coral llega a venderse hasta quinientos francos el kilogramo y el que allí tenía ante mis ojos hubiera hecho la fortuna de un gran número de joyeros”. Sin duda la información biológica es correcta. ¿Pero qué decir de la metáfora político-natural? Los lectores, sin duda, estaban internalizados de sus significados, presentes en los periódicos. ¿Y de la ponderación comercial? El coral tiene peso, composición y precio: distintas mediciones. Nemo está orgulloso de que el Nautilus funciona en base a lo extraído del océano. Los marinos se visten con ropa confeccionada con tejidos animales, los alimentos son marinos, el agua desalinizada, la energía del submarino es producto de pilas de sodio de sal acuática, y el carbón, de minas submarinas. Allí se observa la utilidad de la naturaleza.

Su pedagogía es observable en las conversaciones de los personajes. Cuando el Nautilus navega por el Mar Rojo, el personaje principal, Annorax, le pregunta a Nemo si allí encontró evidencia del paso de Moisés. Nemo contesta negativamente, a causa de que los judíos no cruzaron por mar sino por tierra, específicamente por un canal construido por faraones, momento en el que se expide sobre egiptología. Annorax, consumado ictiólogo, se refiere a los “animales antediluvianos” concepto paleontológico hoy caduco. Finalmente, en el Atlántico, descubren las ruinas de la Atlántida. La ciencia verniana no es anti religiosa, la acompaña, la sustenta, hasta la desmitifica. Participa tanto en las conversaciones sobre arqueología bíblica, como acerca de la Atlántida, lo que nos remite a la teosofía de Madam Blavatsky.

Verne debate acerca del buen científico. Dos personajes inolvidables son Conseil y Ned Land. El primero es el fiel ayudante de Annorax: servil y erudito. Conoce todas las clasificaciones de animales, enunciándolas sin equivocarse nunca. Ned Land es un aponero, experto y rudo. Conoce al ojo a todos los peces, así como su sabor y precio. Ambos representan una dupla simétrica y estereotípica. Observando peces de todas las especies, Conseil los clasifica tranquilamente. Ned solo piensa en su sabor. Si para Conseil la perca es un representante del orden de los arcantoptenos de la familia de los peces óseos, para Ned solo importa si es amargo o es bueno con sal y pimienta. Le señala a Conseil uno por uno distintos animales preguntándoles si puede reconocerlos. Este no puede: los conoce por su clasificación pero no visualmente. Acerca de los tiburones y rayas, Conseil informa que son peces silacios cartilagosos. Ned no sabe eso, pero sí sabe encontrarlos y matarlos: saber de campo en forma prístina. La conversación demuestra que Verne no discrimina entre saberes. Plantea que si ambos personajes fuesen uno serían el mejor naturalista del mundo. Su visión de la ciencia bien practicada no favorece ni al racionalismo abstracto ni al empirismo puro. Existen campos pero forman parte de una misma totalidad: desde la más abstracta esquematización hasta su valoración gastronómica.

En Verne vemos los sueños y a vocación de progreso de una época que confió ciegamente en la ciencia. Él, por decirlo de alguna manera, militó ese progresismo científico a la manera del

imaginador de posibilidades. Historias populares que llevaban la ciencia a todos los rincones fueron, sin duda, el sueño de la ética positivista realizado en forma de literatura.